

RESEÑAS

Maltusianismo o neomaltusianismo, Nuestro gran dilema, por EMILIO COFRESÍ, Editorial Cultura, México, 1968.

Acaba de ser enriquecida la bibliografía sociológica con el importante libro *Maltusianismo o neomaltusianismo, Nuestro gran dilema*, escrito por don Emilio Cofresí, experimentado y eminente profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Puerto Rico. Esta obra es una contribución de excelencia a los estudios de sociología puertorriqueña, ramo éste que cuenta con un crecido número de investigaciones ejemplares. Su tema es fundamentalmente cómo el incremento poblatorio irrazonado daña el bienestar de toda comunidad. Y de hecho, la revolución demográfica que se ha operado en los países de la América de habla española, con sus efectos y problemas imbitos, se produce también en Puerto Rico con las consecuencias que el autor señala con sagacidad, puesta su vista de fijo en el apotégma comtiano: "Ver para prever, prever para predecir, predecir para prevenir, prevenir para dirigir". Por ello el libro del profesor Cofresí debe ser leído y meditado por todo estudioso de la realidad de Puerto Rico "vigía de la América hospitalaria y durable", como lo llamó Martí. Sus premisas y conclusiones deben ser sopesadas por los rectores de la cosa pública, por los confeccionadores de la ley, por los magistrados, por los mentores de las instituciones educativas y de bienestar social, por los planificadores de la industrialización, por la juventud que es depositaria del porvenir de la patria, por la prensa que orienta.

Tras los factores aparienciales de una sociedad están los factores ocultos que pueden retrasar su progreso. Ello lo vio en 1897 Malthus —y lo precisa Cofresí— cuando daba la voz de alerta ante los prosélitos de la doctrina del avance indefinido de la sociedad, propuesta por Turgot y Condorcet y otros reformadores liberales como William Godwin. Y así nació el *Ensayo sobre la población*, que si en su tiempo

se atrajo muchas objeciones, hoy, a la vista de los países en desarrollo, cobra vigencia. Como muy bien observa Cofresí, mucho trabajo costó, a lo largo de varias décadas, para que muchas de esas verdades demográficas se fuesen abriendo paso en Europa desde que Francis Place en 1832 y Charles Knowlton en 1833 abogaran por métodos de planeación familiar restrictiva, o hasta que Bradlaugh y Annie Bessant —la célebre teósofa— fundasen la Liga Malthusiana.

Pero el examen sociodemográfico del tratadista, a más del entramado conceptual sobre el que desarrolla el fenómeno de la superpoblación en el nivel mundial, en su doble naturaleza biológica y cultural, se contrae de modo preferente a la problemática de Puerto Rico; y caracteriza el fenómeno como "una espada de Dámocles suspendida sobre el cuello de la humanidad". Se trata de una exposición pedagógica, fruto de varios cursos profesados sobre la materia, y en que los vocablos técnicos son meridianamente explicados al lector en cada caso, y cada cuestión está eficazmente motivada. El lector ve todos los días en la prensa que una ciudad ha duplicado, en 15 ó 20 años, su población, o que la esperanza de vida en Noruega es para la mujer de 75.5 años, y la de Puerto Rico es de 71.8 años. Ello lo explica el autor, precisando causas y efectos. Formulará leyes, como la que afirma que la fertilidad urbana es menor que la rural, o como la que asume que la mujer instruida planea con eficacia el tamaño de su familia, en contraste con la de la clase humilde, impreparada. Pero incita a todas a hacer "uso de la razón". ¿No advertía el filósofo y economista John Stuart Mill, coincidiendo con la primera ley de Malthus, que "es preciso guardarse de invitar al banquete de la vida más convidados de los que en él pueden quedar servidos"?

En su indagación central el escritor parte de la población indígena de América, según Rosenblat de 13,385,000 almas, y de la de Puerto Rico, según Salvador Brau de 16,000 almas, y según Fewkes de 30,000; y traza la propia gráfica explicativa de las variaciones de aquélla desde 1765 hasta 1965. No faltan las referencias a cada censo de población efectuado, desde el primero que hizo la Corona española en 1765, y señala cómo el aumento posterior fue de suyo variable, pero indicando que el incremento visible entre 1899 y 1940 se debió al descenso en la mortalidad general, correlacionado al progreso material de la Isla, durante esos años, hasta llegar a 1968 en que la población total es de 2,729,700 habitantes.

El demógrafo Cofresí, en su documentado y fundamentado libro, va explicando una a una las más importantes variables demográficas, partiendo de la tasa de natalidad cruda o bruta, que es en la hora de hoy de 30.3 por mil, y que estima ha sido elevada en todo tiempo,

lo que hace visible comparándola con la de países católicos, como España e Italia, que exhiben índices de natalidad bruta de 21.3 y 19.2 respectivamente. Y la explica indicando que la población de Puerto Rico es —y sigue siendo— rural (en un 55.8%, mientras la zona urbana compone un 32.3%) en 1960, según las tablas precisas que en cada caso apoyan las premisas sentadas. Y seguidamente arguye: "Otra razón importante para nuestra alta natalidad del pasado es el dato de que nuestra población es joven, y las poblaciones jóvenes son las que más rápidamente se reproducen". Consigna empero que ella ha bajado desde 1948 debido a tres factores concurrentes: la creciente urbanización, pues es sabido que en todo tiempo —Roma, Atenas, París, Buenos Aires— la urbanización deprime la natalidad, al descenso del analfabetismo y al empleo de métodos contraceptivos.

La segunda variable importante —para todos los países, y para Puerto Rico— es la caída del índice de mortalidad general. A este respecto señala el profesor Cofresí que la tasa de 6.7 por mil —visible en la Tabla 15— en comparación con la de 38.1 por mil en el año 1900 "indica un descenso vertiginoso en nuestro índice de mortalidad, colocando a Puerto Rico entre los países de más baja mortalidad en el mundo". En efecto la de los Países Bajos será de 7.6, para hacer la comparación con un país de parecida estructura. Tal crecimiento poblatorio, más perceptible aún en la presente década, señala, ha tenido lugar a pesar de nuestra enorme corriente migratoria hacia los Estados Unidos a partir de 1945. Añadirá que también se ha producido un descenso en la mortalidad infantil desde una tasa de un 200 por mil a principios del siglo actual hasta un 41.3 en 1961 y un 42.3 en 1965. Concurriendo con tal reducción en el índice de defunciones, el de esperanza de vida pasa desde 1902-3 de 30.36 años hasta 69.70 años (casi 70) en 1963.

Importantes y detallados son los acápites que consagra a las defunciones a tenor con las enfermedades, lo relativo a la proporción numérica entre los sexos, a la composición por edades y al estado civil, no faltando comentarios sobre el matrimonio consensual y la ilegitimidad. Pero hay un hecho demográfico —universal en Latinoamérica— que, después del de la superpoblación, ha cobrado relieve sumo: el de la migración rururbana. A este respecto observa atinadamente el sociólogo Cofresí que a fines del siglo XVIII, como efecto de no estar vigente del todo el gran proceso de la máquina que trajo consigo la Revolución industrial, todos los países del mundo podían ser clasificados como predominantemente rurales; o sea, más de la mitad de las poblaciones vivía en áreas campesinas. Pero al establecerse las fábricas, en Inglaterra, cuna de la Revolución industrial, en Europa y en los

Estados Unidos, se produce de modo vertiginoso el proceso de urbanización, y hoy existen 21 países urbanos. A este respecto Cofresí hace este lógico pronóstico: que Puerto Rico se está convirtiendo rápidamente en un país urbano: todavía no lo es: pero ya en el censo federal de 1970 será casi tanto urbano como rural. Ello ocurrirá a menos que se creen programas agrícolas, que sean una atracción para el campesino tantas veces imanado por la ciudad.

En el libro que comentamos se formulan leyes de diversos fenómenos demográficos. Una es la de las diferencias en fertilidad de acuerdo con los grupos sociales, y la del nivel educativo como causa de esa diferenciación. Se aclara que el nivel educativo de la esposa influye más que el del esposo, lo cual es lógico. A su vez, los matrimonios de ingresos más altos esperan tener menos hijos. Asimismo, el número de hijos se reduce a medida que se asciende en la escala ocupacional. Es más, si bien los matrimonios que trabajan en labores agrícolas son más fértiles que los que viven en las zonas urbanas, es lo cierto que, debido al eficiente proceso de la comunicación, a la interacción urbano-rural, los habitantes de las áreas rurales van adquiriendo rápidamente los hábitos y valores de la ciudad: no sólo luz eléctrica y aparatos de radio, sino también métodos anticonceptivos. Otra ley formulada es que la fertilidad disminuye con el aumento en el canon de alquiler y a medida que sube de valor la casa en que se vive. A más de las pesquisas propias, nuestro investigador se apoya en materia de fecundidad y fertilidad en las pesquisas hechas por F. W. Notentein, P. K. Whelpton, C. V. Kiser, Raymond Pearl, G. W. Beebe, W. F. Snow y otros. Por su propia cuenta, a fines de 1948 e inicios de 1949, Cofresí concluyó y presentó su tesis doctoral titulada "Fertilidad diferencial en Puerto Rico" en la Universidad de Duke. A este efecto hizo que trabajadoras sociales hicieran llenar 3,520 formularios. Comprobóse, por otra parte, que la mayor fecundidad correspondía al sector rural, y a su vez que ésta disminuía a medida que aumentaba el tamaño de la ciudad, y asimismo —de acuerdo con Tietze, Belaval, Roberts, Stéfani, Stycos, Hill y Back— que las mujeres pobres eran más fecundas que las de buena posición económica; y que no existía una correlación entre raza y fecundidad.

* * *

La segunda parte de la obra *Maltusianismo o neomaltusianismo* precisa el avance de ese movimiento en el mundo, y luego lo trata, con todos los datos imprescindibles, en Puerto Rico. Asienta el autor, de entrada, que el uso de métodos contraceptivos aumenta a medida que ascendemos en la escala económico-social. A su vez lo usan el

39% de las mujeres del área urbana y sólo el 29% de las del área rural. Se alude a los estudios hechos por Beebe y Belaval, que revelan marcadas diferencias entre clases sociales, y en su habilidad para usarlos. Pero en la clase más pobre la esterilización ocupa un lugar señalado en Puerto Rico. También es de notar que se suele usar tardíamente en la vida matrimonial para poner punto final a la procreación. Este método aumenta a medida que bajan los ingresos, según lo revela la Tabla 40; de ahí su gran popularidad entre las clases necesitadas. En este sentido declara Cofresí: "La creciente popularidad de la esterilización en todas nuestras clases sociales, es un síntoma elocuente del deseo y la necesidad que siente nuestro pueblo de limitar el tamaño de la familia". Stycos señala 5,000 al año, si bien es menos practicada por el hombre la vasotomía. En cambio el método del ritmo ocupa el 7º lugar, y compone sólo el 2.2% entre todos, según se ve en la Tabla 40. Se consigna la labor realizada por la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia. El aborto en cambio constituye apenas el 1%, por ser seria amenaza para la salud y aun para la vida de la mujer.

Interesantes e instructivos son los capítulos en que el profesor Cofresí desarrolla la doctrina de Malthus y el movimiento malthusiano mundial, a partir del hombre primitivo. Luego entra en el umbral de la historia y hace constar cómo el rey Minos de Creta y el médico griego del siglo VI antes de Cristo Aetio de Amida, ingeniaron métodos evitativos de la natalidad. Recorre el siglo XIX con Francis Place y su libro *Principles of Population*, en que se impugna a Malthus; le sigue la reseña de ese movimiento en los Estados Unidos con Margaret Sanger y la legislación Comstock hasta que diez senadores dan su voz de alarma tocante al aumento de la población.

Sigamos el itinerario del movimiento malthusiano en Puerto a través de esas precisas páginas. En 1925 el doctor José A. Lanauze Rolón funda la Liga para el Control de la Natalidad. En el *Boletín* de la Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia, de 1962, se leen estas previsoras palabras: "Antes que ciega y caprichosa consecuencia del instinto sin freno ni guía, la maternidad debe transformarse en el medio consciente y responsable de regeneración humana". Tal fue el santo y seña del movimiento vernáculo en sus comienzos. Luego el Gobierno Federal participa a través del programa de control de Gladys Gaylord, de Ohio, y se establece una clínica piloto bajo la dirección del doctor José S. Belaval. Se establecen 53 clínicas, y la P.R.R.A. asigna \$ 225,000 a salud maternal. La ley de 15 de mayo de 1937 prohíbe los abortos, pero legaliza los contraceptivos, incluso por pobreza, o sea "estado de penuria económica o malas condiciones sociales

de vida" —y en ello Puerto Rico se adelantó al Japón de hoy. En 1945 ya son atendidas 14,120 mujeres en las clínicas controladoras. En 1953 la Asociación de Estudios Poblacionales adopta el nombre de Asociación Puertorriqueña Pro Bienestar de la Familia. Se distribuyen hojas ilustrativas en arrabales y caseríos del área metropolitana. El rico hombre señor Joseph Sunnen dona más de un millón de dólares. Se prueban los efectos del Enovid.

En la obra que reseñamos se examina la actitud de la Iglesia Católica y la de la Iglesia Protestante, la primera oponiéndose a la maltusianidad, la segunda enfatizando la doctrina de la "paternidad responsable". Según el pensamiento del tratadista, el precepto "Creced y multiplicaos" no es aplicable a la condición actual del mundo, ya repleto, con los problemas económico-sociales graves que confrontan sobre todo los países subdesarrollados. Pío XII había autorizado la limitación de la prole por razones de pauperismo, señala. La píldora anticonceptiva se generaliza en un 21% de católicas y un 29% de protestantes en los Estados Unidos. Y medita así el profesor Cofresí: "Tanto pecado existe en burlar la ovulación a base del método del ritmo, como en evitarla por medio de la píldora".

El capítulo final está consagrado a las soluciones del problema. Durante el último cuarto de siglo los programas de industrialización fueron considerados como la solución al exceso de población. Otra válvula de escape de la superpoblación ha sido la emigración, la cual, al igual que la industrialización es estudiada y sopesada con detenimiento por el sociólogo. Pero, como sociólogo y demógrafo, sienta Cofresí esta premisa final: "El control de la natalidad es la solución indispensable —*sine qua non*— para todo problema de sobrepoblación". Lo estima algo que ha de ser concomitante con el progreso de las sociedades, y de la sociedad puertorriqueña en particular, a la cual está consagrada devotamente la obra. Recordemos con el egregio historiador inglés Gibbon, en su clásico libro *Decline and Fall of the Roman Empire*: "Todo lo humano, si no avanza, debe retroceder".

ROBERTO D. AGRAMONTE

Universidad de Puerto Rico, oct. 1968